

Linaje de brujos *de José Iturriaga*

La lucha contra el demonio

Margarita Peña

Novela antropológica, relato de época y testimonio documentado de una franja concreta de la historia colonial de México, Linaje de brujos de José Iturriaga es revisitada por la estudiosa Margarita Peña, quien analiza la representación de aspectos cruciales del mestizaje racial y religioso a finales del siglo XVI y principios del XVII, como el combate de las prácticas rituales antiguas y la sujeción histórica de la mujer.

En un viaje desde este Coyoacán del 2013 —en donde celebramos la aparición de la novela de José Iturriaga *Linaje de brujos*— al pasado, les pido que nos traslademos a la época de la Conquista de México y los albores de la Colonia, a los finales del siglo XVI y principios del XVII, y a una sociedad naciente, con el libro en las manos y los ojos de la imaginación vueltos al espacio temporal comprendido entre los años de 1560 y 1620, para enterarnos de una historia y sus personajes ubicados maniqueamente en el bando del bien o en el del mal. Contradice el autor de dicha historia la versión oficial ya superada, de la crónica de Indias, que hiciera del conquistador hispano un redentor del indio vencido (quien a lo mejor ni siquiera tenía alma, según los teólogos), de un ser aprisionado en las redes demoniacas de la idolatría. José Iturriaga rescata la perspectiva que ahora se sabe verdadera: no fue malo el indígena, o no todos los indígenas; si lo fueron —en el sentido de un ética vigente entonces y ahora, muchos de los presuntos redentores: gobernantes ensoberbecidos, frailes (solicitantes o no), clérigos de alcurnia, inquisidores, y no se diga, encomen-

deros—. Las cosas son al contrario de lo que por siglos se vino diciendo, aceptando como verdad. El mundo colonial al revés. Iturriaga no lo descubre solamente sino que, con habilidad narrativa, a golpes de cincel como un escultor, lo revela en sus aristas más cortantes, lo exhibe en sus flancos más notorios: la iniquidad de los poderosos, la complicidad corrupta y el sufrimiento de los inocentes en el recinto de las mazmorras del Santo Oficio de la Ciudad de México; o en el vasto territorio, por aquellos años casi inexpugnable, de Taxco, Mezcala, Cuernavaca.

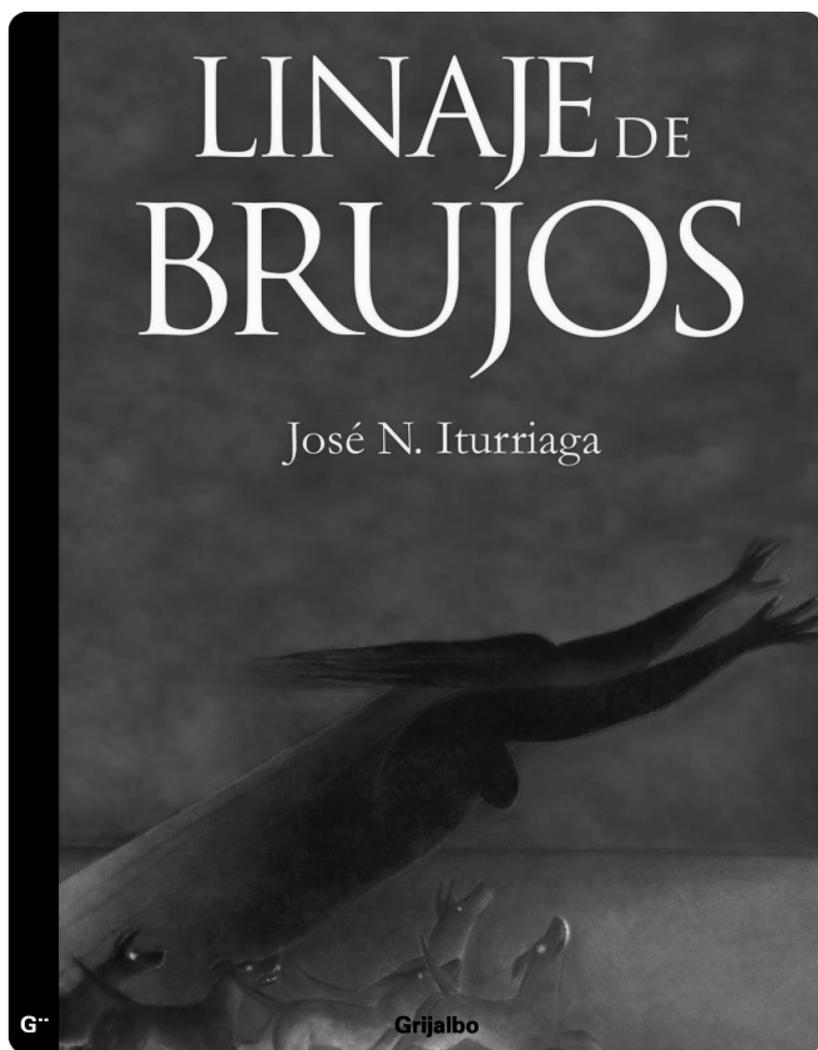
Como bien señala Iturriaga en el epílogo de *Linaje de brujos*, existen temas y una trama, dos coordenadas que enmarcan el libro, producto del acucioso trabajo de investigación y reinención literaria. El haz de anécdotas y sucedidos configura un gran tema: la lucha entre los representantes de la religión católica monoteísta y dogmática importada de España a Indias y la gran masa que profesa creencias religiosas preexistentes: los indígenas, los nativos de la Nueva España en los siglos XVI y XVII. Lucha cardinal en el dilatado proceso de conquista y colonización que ha llenado tantas páginas de cró-

nicas y relaciones: conquista espiritual, conquista de almas paralela a la apropiación de los cuerpos esclavizados, y de la tierra. Vasallaje que se hizo pasar por una supuesta redención de los adoradores de deidades del panteón azteca, ajenas al credo cristiano, infernales y por ello merecedoras de anatemas y destrucción. Pocos son los cronistas de Indias que intenten entender el Nuevo Mundo y su espiritualidad original, anterior a la Conquista; uno de ellos, quizás, el padre Las Casas. Conquista que, hay que decirlo, no concluye aún en nuestros días, sobreviviendo en un sincretismo del cual, a decir de Iturriaga, existen ejemplos recientes: el de las cuatro mujeres zapotecas que sahumaron con copal y limpiaron con yerbas al papa Juan Pablo II cuando visitara la Basílica de Guadalupe. Los dioses antiguos se batieron en retirada, se enmascararon pero no murieron. De ello nos habla la novela.

En el denso haz temático del libro, que podríamos catalogar como novela antropológica, rige un tema principal: la existencia del mal, del demonio, predicada por los frailes como dogma; su relación con la idolatría y con todo lo que a los ojos cristianos es deleznable, tal el amor que desemboca en el sexo: pulsión que mueve las acciones del obispo Foncerrada, uno de los principales personajes. Se definen subtemas: el de la fidelidad del indígena a sus creencias originales, el de la práctica de

rituales magicorreligiosos ancestrales; la eficacia de una medicina natural basada en la herbolaria, que asoma ya en obras tempranas de españoles vecindados en Indias como el “Diálogo segundo” del humanista Francisco Cervantes de Salazar; la permanencia de usos y costumbres y de una cultura arcaica que protege a los naturales de las falacias del conquistador. Iturriaga toma el partido de los vencidos a lo largo de una visión reivindicatoria. Se impone el tema de la bondad y generosidad del indígena, en este caso el curandero o *ticitl*, y también su fragilidad ante la prepotencia del criollo atrabiliario, el obispo Foncerrada; el de la lealtad de Jesús, el sacerdote indígena, al amigo curandero en desgracia. En éste la religión cristiana se superpone a las antiguas convicciones religiosas: tal como la Catedral de la ciudad se erige sobre el Templo Mayor. En suma, un catálogo de temas que giran sobre los opuestos: la sencillez y luminosidad de la etnia indígena, la maldad y oscuridad del invasor. Un mundo en negro y blanco aceptable en una obra de ficción y quizá, con matices, en un contexto histórico. Los personajes van configurándose a lo largo de la narración construida sobre fuentes documentales. Aparecen las mujeres: Brígida, mestiza, esposa del *ticitl* Miguel Bernardino y objeto de la concupiscencia del obispo Foncerrada; Marcelina, núbil doncella objeto (también) del deseo juvenil del mismo obispo, posteriormente monja enloquecida en el convento de clausura de San José del Carmelo Descalzo de Puebla. Corresponden los personajes a patrones establecidos en una nueva visión del Virreinato, reformulada de acuerdo con la historia de las mentalidades que incluye el estudio de la condición femenina, de las mujeres que profesaron en religión así como la revisión crítica de la actividad del Santo Oficio, institución considerada uno de los más infames sistemas represivos de la humanidad, guiada frecuentemente por motivos espurios (codicia, lujuria) que nada tenían que ver con la fe. Ya lo aceptó en su momento, con tardías disculpas, incluso el papa Juan Pablo II. Lo leemos en las biografías de intelectuales prominentes como Giordano Bruno; escritores acusados de ser “judaizantes”, tal el español Antonio Enríquez Gómez, quemado en imagen, capturado posteriormente por el Santo Oficio y que terminara muriendo en las cárceles secretas de la Inquisición sevillana; o, bien, la “Señora” Gracia Mendes Nasi (o Beatriz Luna), prototipo de renacentista filántropa, mujer de negocios considerada una de las plebeyas más poderosas del Renacimiento, quien acosada por la Inquisición como supuesta judaizante acabó por renegar de la fe cristiana y refugiarse en Constantinopla.

Puede detectarse en el retrato de esa sociedad española, mestiza y criolla una tipología emblemática: el clérigo encumbrado, prejuicioso hasta la maldad, que abusa del poder, tortura y mata; el *ticitl* curandero indígena, último baluarte del pasado y sus tradiciones; la amante,





Francisco de Goya, *El aquelarre*, 1797-1798

Brígida, con su carga de sensualidad, en cierto sentido emisaria del diablo tan temido y encarnación del mestizaje; Jesús, muestra del sincretismo religioso que determina una identidad marcada por la confusión; Marcelina, arquetipo de religiosa como las de las numerosas biografías de monjas que se escribieron en la Colonia. Por último, un personaje secundario en la trama pero de prosapia en nuestra cultura: Hernando Ruiz de Alarcón, cura del partido de Atenango, cercano a Iguala, hacia los años de 1618-1620 y hermano del dramaturgo Juan, quien se exiliaría en España. Juan, el hermano bueno pero socialmente incómodo por aquello de la doble joroba que atraía burlas y escarnio; Hernando, el hermano inteligente y malo. Se le ha llegado a considerar uno de nuestros primeros antropólogos involuntarios. Me detengo en el cura Hernando y en la monja Marcelina.

José Iturriaga construye sus personajes a partir de documentos antiguos y fuentes críticas modernas; de éstas salta a la ficción. En el caso de Hernando Ruiz de Alarcón conocemos el *Tratado de las supersticiones e idolatrías...*, redactado en el primer tercio del siglo XVII por el sacerdote a pedido del arzobispo Pérez de la Serna, así como de recientes investigaciones de archivo sobre la familia Ruiz de Alarcón. Sabemos que Hernando fue posiblemente el cuarto de los cinco hijos de Pedro Ruiz de Alarcón, llegado de la península en el siglo XVI, de estirpe originaria de Cuenca. Un hombre con apellido pero sin fortuna, hijo a su vez de un sacerdote y una mujer mora. Por el lado de la madre, Leonor de Mendoza, Hernando descendía de judíos conversos avencindados en Tlachco o Taxco el Viejo desde mediados del XVI; fue su abuelo el minero Hernán Hernández de Cazalla, de origen judaico sevillano. Posiblemente esa mezcla de sangre judía, árabe y cristiana habría sido lo que determinó en Hernando el temor a indagaciones de la Inquisición respecto de su origen y consecuentemente el excesivo celo cristiano, el empeño por demostrar su ortodoxia religiosa a través de la persecución obsesiva de los naturales. Cura en el partido de Atenango, pueblo cercano a Iguala, Huitzucó (de Figueroa) y Las Amilpas (Zacualpan

de las Amilpas), se convirtió en cacique espiritual de la región, dedicándose en calidad de cura “beneficiado” a recorrer a lomo de mula toda la zona persiguiendo brujos, hechiceros, denunciando supersticiones, obsesionado por el consumo y efecto de las semillas de la planta llamada *ololiuhqui*, alucinógeno que ingerían los curanderos indígenas para, en trance, predecir, adivinar y acomodar vidas ajenas. El propio Hernando, amén de su *Tratado*, escribió y presentó directamente denuncias al Santo Oficio contra habitantes de la región que consumían *ololiuhqui* y practicaban la adivinación en asuntos como robos de caballos, fuga de las mujeres, tal como apunta el autor de la novela. Implacable en sus métodos Hernando solía allanar las chozas de los indígenas, hurgar detrás de los braseros y en el fondo de los chiquihuites en donde dormían las criaturas, buscando frenéticamente ídolos o cualquier rastro de idolatría o herejía. En lo personal supongo que también debió de arrasar con códices, dado que en la región abunda, hasta hoy, el papel amate. Creía a pie juntillas en la existencia del demonio, los nahuales y en el *Tratado* cuenta el caso de una mujer que cae fulminada en el interior de la iglesia justo en el momento en que su nahual, un cocodrilo, es abatido de un tiro en un río cercano. Lo curioso, lo sorprendente es que los curas cristianos ortodoxos daban fe a tales consejas y las avalaban en sus escritos. Exactamente como procedían aquellos que quemaban brujas en Europa, a lo largo de cacerías que tuvieron su apogeo en la primera mitad del siglo XVII: creían a pie juntillas las declaraciones más disparatadas de mujeres forzadas por el tormento y la cercanía del fuego y posteriormente las escribían y compilaban en los famosos “martillos para las brujas”, especie de códigos penales al uso. José Iturriaga da vida a un horror semejante en las páginas de su libro, cuando narra detalladamente (no quisiera decir “con fruición”) los tormentos a los que su personaje, Miguel Bernardino, es sometido por sus carceleros: el potro, el tormento del agua...

Iturriaga toma al Hernando real y lo convierte en personaje, un comodín en la trama gracias a los sinies-

tros planes del obispo Focerrada. Sería el posible sucesor del buen padre Jesús —desacreditado, mermado a la muerte de su amigo Miguel Bernardino— en la diócesis de Taxco. Un Taxco que, por supuesto, no tiene nada que ver con el que conocemos. Más bien un caserío cercano a las bocas de minas, como las del abuelo de los Alarcones, o las del minero Luis de Castilla, de quien se dice que comía en vajilla de plata. La crónica, la historia son buena fuente, plato suculento para la ficción en el contexto de una “novela de época” como es *Linaje de brujos*. Cabe añadir que a decir de la actual cronista del pueblo de Atenango, la campana de la iglesia de la población lleva la inscripción siguiente: “Hernando de Alarcón. 1618”. Justamente la época en que se ubica la acción de *Linaje de brujos*, cuando Hernando era auténtico fiscal de indios. Cabría también señalar que el pueblo es considerado aún en la actualidad por los lugareños zona de brujos y brujerías (me consta).

Por lo que toca a Marcelina, podríamos verla en cierto sentido como el equivalente del personaje de la novela decimonónica *Monja, casada, virgen y mártir*. Personaje arquetípico, está trazado siguiendo el modelo de las monjas “venerables” de los siglos coloniales, que habitaran en múltiples conventos y dieran lugar a biografías ya clásicas, a un género literario que en la Colonia pudo haber sustituido al de la novela, bastante escaso, por cierto. José Iturriaga cita a la famosa Isabel de la Encarnación, religiosa carmelita objeto de varias biografías,

que inspiró pinturas como las que se conservan en la Iglesia del Carmen, de Puebla, y en su momento fuera declarada “obsesa” en su lucha contra el demonio por los jueces que conocieron su caso. Esto la salvó de convertirse en reo de la Inquisición (lo habría sido si la declaran “posesa” o poseída). Vivió largos años postrada en el interior de su celda, padeciendo visiones como las que relata José Iturriaga, víctima de los embates demoniacos, de los que la psiquiatría moderna diagnosticaría como histeria de conversión. El personaje de Marcelina es de esta laya; ofrece al historiador-literato la materia para enderezar una crítica (más que vigente) al clero constituido por varones como el obispo Focerrada, al tiempo que se configura como denuncia de la condición de la mujer, del indígena, en los siglos de la Colonia y otorga a la novela un valor testimonial.

¿Qué más podemos añadir a esta revisión, producto de una grata lectura? El libro de José Iturriaga está escrito con el rigor de una alternancia cronológica que, desde el punto de vista de la estructura corresponde a los distintos momentos de cada uno de los personajes. En el orden de las ideas constituye una declaración de principios respecto del tema de la dignidad del indio y del mestizo y los atentados en su contra; la reivindicación del amor y del sexo como expresiones humanas legítimas y la evidencia de la opresión femenina en el interior de cárceles conventuales erigidas por un orden patriarcal. Y, también, que es una “novela de época” que entretiene e instruye; a un tiempo, dulce y útil. **u**



Francisco de Goya, *Tribunal de la Inquisición*, 1819